



UNIVERSIDAD BÍBLICA  
**LATINOAMERICANA**  
PENSAR • CREAR • ACTUAR

**BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS**  
**BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS**

## **LECTURA COMPLEMENTARIA SESIÓN 8**

### **CBX 109 NUEVO TESTAMENTO I**

Gil Arbiol, Carlos. “Seguidores de Jesús: el judaísmo del siglo I en crisis”. *Reseña Bíblica*, n. 98 (2018): 25-33.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

# SEGUIDORES DE JESÚS: EL JUDAÍSMO DEL SIGLO I EN CRISIS



Carlos Gil Arbiol  
Universidad de Deusto

*El movimiento de Jesús nació como un fenómeno intrajudío que introdujo una innovación en su seno, consecuencia del acontecimiento de Jesús. Yahvé se había revelado, en la vida y en la muerte de Jesús, de un modo totalmente nuevo, tal como lo confirmaban las experiencias de encuentro con el Resucitado. Esto obligó a repensar algunas de las características del judaísmo. Una de ellas fue la decisión de introducir dentro de Israel a gentiles sin circuncidar, porque Dios no hacía distinciones ni ponía fronteras. Así mostraban que Israel tenía, desde su vocación inicial, un horizonte universal. Esta decisión no fue aceptada por algunos seguidores de Jesús, incapaces de supeditar sus propias concepciones tradicionales a la experiencia del Espíritu, que se estaba abriendo camino a través de los de fuera.*

## 1. EL NACIMIENTO DEL MOVIMIENTO DE JESÚS COMO UN MOVIMIENTO INTRAJUDÍO

Hemos visto en el artículo anterior el carácter intrajudío del movimiento iniciado por Jesús en Galilea. Los acontecimientos de la Pascua no cambiaron esta característica, sino que la radicalización lo que significó, de hecho, es que la ampliaron, es decir, le dieron al carácter judío de este movimiento una nueva proyección.

El fracaso de la cruz de Jesús fue superado por unas experiencias extraordinarias y unas reflexiones que les hicieron descubrir no solo que Dios había reivindicado a Jesús al exaltarlo a su derecha, sino que aquel fracaso de la cruz no era tal, que la ausencia y abandono de Dios era solo apariencia, porque Dios había estado con Jesús todo el tiempo. La resurrección era la confirmación de que Dios había estado con Jesús también, y sobre todo, en la muerte: ¡Dios estaba allí! Hubo unos textos bíblicos que jugaron un papel importante en este proceso de reflexión iniciado por aquellas experiencias de encuentro con Jesús vivo tras la cruz. Esos textos les dieron la confirmación religiosa de lo que ya sabían, que Dios no había abandonado a Jesús, que su proyecto del Reino seguía vigente, que debían esperar nuevas señales para la restauración de Israel: «No toméis camino de gentiles ni entréis en ciudad de samaritanos; dirigíos más bien a las ovejas perdidas de la casa de

Israel. Yendo, proclamad que el Reino de los cielos está cerca» (Mt 10,5-7).

Todos los discípulos –varones y mujeres– de Jesús fueron judíos, bien de Galilea, bien de otros lugares de Samaría o de Judea. El entusiasmo por el Reino de Dios que Jesús había encendido en sus vidas fue posible porque confiaban que Yahvé irrumpiría en

la historia para instaurar la justicia definitiva. Esa irrupción, contra las esperanzas

y pronósticos de muchos judíos, no fue al modo de un mesías político,

ni guerrero, ni sacerdotal, ni de otro tipo; fue mediante la vida

de un hombre –«hijo de hombre»– que murió del modo

más humillante y denigrante que había para un judío: como

maldito (cf. Dt 21,22-23). Y esto, una vez que la certeza de

la resurrección se había instalado en sus vidas, les hizo con-

siderar muchas cosas; de hecho, los obligó a repensar todo. ¿Cómo era

posible que Dios hubiera permitido esa muerte? ¿Por qué no había intervenido para

salvarlo e imponer su justicia como se esperaba, «derribando a los poderosos y enaltecendo a los humildes» (cf. Job 5,11-16) y, de paso, vengándose de los verdugos?

La resurrección, como hemos dicho, fue la confirmación de que Dios había estado presente durante su vida y su muerte, aunque no se lo viera: ¡Dios estaba allí! Esta certeza, que Dios había estado acompañando a Jesús también en su muerte de aquel modo, en silencio, sin intervenir, como ellos habrían esperado, sin aniquilar a los culpables, aceptando las

*La resurrección  
de Jesús fue la confirmación  
de que Dios había estado presente  
durante su vida y su muerte,  
aunque no se lo viera:  
¡Dios estaba allí!*

consecuencias de la libertad de Jesús y de las autoridades religiosas y políticas, lo cambió todo.

Para todo judío, Dios era santo y puro, y eso mismo pedía a quienes quisieran acercarse a él. No respetar estas normas de pureza y santidad tenía consecuencias que podían ser muy serias para el transgresor (cf. Lv 15,31), porque todos se jugaban mucho: la continuidad de la alianza entre Yahvé e Israel. Esta idea de Dios que subyace, la de un Dios puro y santo que exige un pueblo que le imite («Sed santos como yo, Yahvé, soy santo», Lv 11,44), había sido ya cuestionada por Jesús con sus dichos y hechos. Jesús se relacionó con gente considerada impura: pecadores, prostitutas, cobradores de impuestos, militares de la ocupación, leprosos y enfermos, etc. A ninguno de ellos le pedía más que a todos los demás: aceptar el Reino de Dios. Además, había declarado a la persona como un principio absoluto por encima de toda ley, incluida la que se legitimaba en Yahvé («El sábado ha sido instituido para el hombre y no el hombre para el sábado», Mc 2,27), y había puesto patas arriba muchas argumentaciones de los entendidos y teólogos de su tiempo sobre el respeto a las tradiciones, porque anulaban «así la palabra de Dios por vuestra tradición que os habéis transmitido; y hacéis muchas cosas semejantes a estas» (Mc 7,13).

Jesús, definitivamente, se había puesto de parte de aquellos a los que buena parte del judaísmo tradicional y sus autoridades excluía de la cercanía a Dios. Jesús se puso del lado de Dios y de los que están con ese Dios: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaven-

turados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán saciados...» (Mt 5,3-5). El Dios de Jesús parecía preferir «las ovejas perdidas de Israel» (cf. Mc 2,17; Mt 21,31; Lc 6,20, etc.) y no mostraba un especial celo por el estricto cumplimiento de todos los preceptos de la Torá, sino por la persona, especialmente por la que sufre. Dios, efectivamente, se había comportado en la muerte de Jesús como Jesús había dicho: aceptando la libertad de Jesús y la de los hombres («Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco», Mc 1,11). Y esta nueva imagen de Dios lo cambió todo.

## 2. LA INNOVACIÓN JUDÍA QUE TRAJÓ LA FE EN JESÚS

Los discípulos de Jesús se lanzaron a completar el proyecto de Jesús. Tras estas experiencias gozosas de confirmación de su proyecto, de la reivindicación de Jesús por parte de Dios, del apasionamiento por esta nueva imagen de Dios revelada por Jesús, del impulso por reunir a los dispersos de Israel antes de que Jesús volviera investido del poder de Yahvé para el juicio del último día, los seguidores de Jesús se propusieron completar la tarea iniciada por él.

Es hoy un consenso creciente la idea de que Jesús se mantuvo dentro de las fronteras de Israel; los textos en los que aparece violando el descanso semanal del sábado (Mc 2,23-3,6), en los que parece despreciar prácticas judías piadosas, como enterrar a un padre (Lc 9,60) o la práctica del ayuno (Mc 2,18-22), etc., son elaboraciones de sus discípulos, que ampliaron la preferencia de Jesús por los «perdidos de Israel» (Mt 10,6) hacia los «perdidos» en general; y los más perdidos, desde el punto de vista del judaísmo del

tiempo de Jesús, eran los gentiles. Y esta es la tarea que se propusieron acabar: la vida y Pascua de Jesús había revelado y confirmado el proyecto de Dios para Israel, el de convertir a Israel en la imagen de Dios descubierta en la Pascua de Jesús. Y este fue su mayor empeño y también su principal dificultad. Para aquellos seguidores de Jesús, lo que proponían estaba ya en el ADN de Israel; pero muchos judíos, especialmente las autoridades, no lo entendían así. Para estos, lo que decían de Jesús, de Yahvé y de Israel hacía saltar los límites de sus propias tradiciones y de lo tolerable.

Lo que los seguidores de Jesús propusieron no lo presentaban como una radical novedad respecto a su fe judía; a veces utilizan expresiones que suenan un tanto rompedoras, como «nueva alianza» (1 Cor 11,25; 2 Cor 3,6; Lc 22,20), o «nueva creación» (2 Cor 5,17; Gal 6,15), o «nueva Jerusalén» (Ap 21,1-2), o «Israel de Dios» (Gal 6,16). Pero todas ellas estaban ya en su propia tradición, y los profetas o los Salmos habían expresado de modos similares el deseo de restauración, de recuperación de la ingenuidad inicial perdida por tantas guerras, errores, desaciertos y maldades. Ni siquiera la preferencia de Yahvé por los excluidos, los «perdidos», era algo ajeno a la tradición de Israel. El libro de Job es un ejemplo de una teología hecha desde las víctimas, que propone la revisión de la imagen tradicional de Yahvé –la de los teólogos del tiempo– por otra que tenga en cuenta el sufrimiento injusto de los justos, los desgraciados, los

*Para aquellos  
los de Jesús, lo que proponían  
estaba ya en el ADN de Israel;  
pero muchos judíos, especialmente  
las autoridades,  
no lo entendían así*

excluidos y perdidos, y los reivindique gratuitamente. El llamado «Libro de la consolación» –Is 40-55– recoge páginas similares en las que se pone en labios de Yahvé el sufrimiento compartido de muchas víctimas en el exilio de Babilonia y su deseo de recuperar su dignidad, su tierra y su futuro sin que hayan hecho nada por merecerlo, de modo gratuito (mediante la figura del «Siervo de Yahvé», Is 53).

Tampoco las críticas al Templo eran originales, puesto que la secta del «monasterio» de Qumrán, a orillas del mar Muerto, se había retirado allí por no aceptar los sacrificios y el sacerdocio del Templo de Jerusalén. La actitud abierta de Jesús respecto al cumplimiento de la Ley, como el sábado o las normas de pureza, era también discutida, y los grupos fariseos y saduceos debatían muchas sobre estas normas y el modo de ponerlas en práctica. De modo que tampoco en esto había una innovación digna de tal nombre.

En realidad fue un cúmulo de circunstancias, las cuales tuvieron su inicio en el acontecimiento de la muerte de Jesús y en las interpretaciones que hicieron de esta muerte. Fue la proclamación de un crucificado como Mesías lo que encendió una chispa que prendió una mecha. Aquel a quien habían matado las autoridades judías, en connivencia con las romanas, por interés era proclamado como mesías e hijo de Dios. En ninguno de estos dos calificativos hay novedad, sino en el hecho de atribuirlo a un crucificado, un maldito (Dt 21,22-23), muerto

del modo más vergonzoso y humillante que cabía. Esta atribución resultaba incómoda, insultante, desafiante para las autoridades. Y esta fue la chispa. Sin embargo, la chispa se podía haber apagado si no hubiera encontrado una mecha adecuada.

Los seguidores de Jesús no se contentaron con sacar consecuencias cristológicas, es decir, con identificar al crucificado con el mesías y el hijo de Dios. Dieron un paso más hasta reivindicar que aquella muerte en cruz, precisamente por ser la del Hijo de Dios, revelaba de Dios algo que había permanecido oculto y solo unos pocos en la tradición judía parecían haber captado: que Jesús en la cruz era «fuerza y sabiduría de Dios» (1 Cor 1,24), «icono de Dios» (2 Cor 4,4), «forma de Dios» (Flp 2,6). Es decir, que Dios se había revelado a sí mismo, tal como era, en aquella muerte vergonzosa y humillante; que Dios era como Jesús en la cruz. Se atrevieron a sacar consecuencias teológicas de aquella muerte; se atrevieron a ver en toda la vida de Jesús, especialmente en su muerte –la resurrección era la confirmación de que aquella muerte era teológicamente relevante–, quién es Dios y cómo actúa en la historia. Y esta fue la mecha. Sin embargo, la mecha podía haber terminado en el vacío o en un barril de pólvora.

### 3. LAS ALTERACIONES EN LAS FORMAS TRADICIONALES DE LA IDENTIDAD JUDÍA

Todo ello se podía haber quedado en debates de teólogos o iniciados si no hubiera afectado a cuestiones más prácticas, que son las que tienen alcance popular y posibilidad para generalizar los conflic-

tos. Esto se produjo cuando algunos seguidores de Jesús, como hemos dicho antes, se propusieron completar la misión de Jesús de ir a los «perdidos de la casa de Israel» incorporando también a los gentiles, los más perdidos. Esta decisión estaba fundamentada en dos motivos. Primero, porque la identificación de Jesús con el Siervo de Yahvé, presentado por Isaías, permitía comprenderlo como aquel cuyas heridas curaban a todos, independientemente de su situación legal o étnica. Segundo, porque Dios había decidido revelarse a los hombres mediante la vergonzosa muerte de un «maldito», de un perdido según las autoridades judías, y aquello suponía una eliminación de las fronteras religiosas que separaban a santos de profanos, a puros de impuros, a judíos de gentiles.

Este paso no fue fácil. Algunos textos de Isaías ya apuntaban a la esperanza de congregar a todas las naciones en Israel en los últimos días de la historia. «Yo vengo a reunir a todas las naciones y lenguas; vendrán y verán mi gloria...» (Is 66,18); «Vendrán a ti de lejos muchos pueblos y los habitantes del confín del mundo [...] Todos serán reunidos y bendecirán al Señor de los siglos» (Tob 13,11-13). Lo que no aclaran esos textos, ni pensaba la mayoría, es que los gentiles «entraran» en Israel sin circuncidar, participaran de las promesas hechas por Dios a Abrahán (Gn 12,1-3) y heredaran la salvación que Dios había prometido en exclusiva a Israel («Ahora, pues, si de veras me obedecéis y guardáis mi alianza, seréis mi propiedad personal entre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra», Ex 19,5; Dt 7,6; 10,15...). Sí se contemplaba que se convirtieran en judíos circuncidándose; pero entonces ya no entraban como «gentiles», sino como «prosélitos» y, por tanto, israelitas. Pero lo que resultaba realmente novedoso es que se permitiera entrar

a gentiles sin circuncidar, porque la identidad de Israel como pueblo de la alianza quedaba en entredicho –al menos la exclusividad– y todo el esfuerzo por mantenerse dentro de la alianza mediante el cumplimiento de las normas y decretos dados por Yahvé resultaba vano. Y este fue el barril de pólvora: atreverse a plantear que el Dios revelado en la cruz de Jesús ofrecía un nuevo rostro que no requería condiciones étnicas o legales o morales o religiosas para acceder a su promesa de felicidad.

El barril estalló en forma de conflictos, algunos violentos, otros más dialécticos. Ni siquiera todos los seguidores de Jesús estaban de acuerdo con algunas de estas consecuencias, como vamos a ver más adelante. Pero un pequeño grupo de estos seguidores, los que habían nacido en la diáspora y habían vuelto a sus ciudades tras los conflictos en Jerusalén los primeros años, los llamados «helenistas» (Hch 6,1), plantearon algunas de estas novedades que sacudieron los cimientos de su propia religión judía.

En sus sinagogas era cotidiano ver gentiles, es decir, no circuncidados, que se acercaban atraídos puntualmente por las reuniones sabatinas o más regularmente por la forma de vida judía (es lo que llamaban «judaizar»). Estos gentiles tendían a participar regularmente en las asambleas, porque veían atractivo el monoteísmo –por su sencillez–, su carácter anicónico –sin imágenes como las que abarrotaban la vida de las ciudades grecoroma-

nas– y la elevada moral que defendían, inspirada por la Torá. Todo ello, no obstante, no era suficiente para dar el paso de la «conversión» y circuncidarse para convertirse en prosélitos, porque les exigía una separación muy costosa socialmente de su propio pueblo o nación.

Pero «judaizaban» en el sentido de que, sin renunciar a su vida social y política, se regían por la forma de vida judía y la seguían en gran medida. A estos los llamaban «temerosos de Dios».

Estos gentiles «temerosos» resultaron ser muy receptivos a la propuesta de los judíos seguidores de Jesús. Lo que les ofrecían no era una religión nueva, sino un nuevo modo de entender su vinculación al judaísmo que era de mayor intensidad, de mayor pertenencia, sin la contrapartida que tenía la circuncisión (el abandono de parte de su vida social). La propuesta de estos seguidores de Jesús, si nos fijamos en lo que ocurría en Antioquía en los años cuarenta d.C., no está exenta de ambigüedad, pero ofrece un dato bastante claro: tuvo mucha aceptación entre los temerosos de Dios. Este éxito será, de hecho, uno de los detonantes del conflicto que veremos a continuación, y refleja que, de algún modo, esta propuesta resultó más ventajosa que lo que existía hasta entonces.

A juzgar por los datos iniciales, lo que resultó atractivo para estos temerosos fue el hecho de hacerlos plenamente herederos de las promesas exclusivas de Israel, incorporándolos de un modo nuevo a la ciudadanía de Israel sin renunciar a algu-

*Los gentiles  
«temerosos de Dios»  
resultaron ser muy receptivos  
a la propuesta de los judíos  
seguidores de Jesús. Lo que les  
ofrecían no era una religión  
nueva, sino un nuevo modo  
de entender su vinculación  
al judaísmo*

nas ventajas de la ciudadanía de nacimiento. Este concepto tenía otro sentido del que tiene hoy: no se trataba de poseer únicamente un pasaporte, sino respetar y observar las tradiciones propias de ese pueblo, entre las que destacaban el culto a la divinidad propia. Así que, ser romano o egipcio o judío era pertenecer a una nación cuyo pasaporte –por utilizar esta imagen– lo daba no el lugar de nacimiento o la nación de los progenitores, sino el Dios de la nación a quien se diera culto. Dicho de otro modo: Dios daba la ciudadanía, no los padres, las autoridades o el lugar de residencia.

En el caso de los judíos de la diáspora, muchos de ellos tenían una ciudadanía dada por las autoridades políticas –la ciudad de nacimiento: romana, por ejemplo– y otra ciudadanía dada por Yahvé, que era la judía. Para algunos, esta «doble ciudadanía» podía resultar contradictoria o conflictiva, si entendían que la primera exigía unas vinculaciones rituales incompatibles con la segunda, como era el caso de los actos públicos de sacrificio o libación por el emperador. Sin embargo, no era problema para otros, bien porque se les permitía no participar en esos actos públicos –en atención a la antigüedad de su religión y a los acuerdos con las autoridades locales–, bien porque no veían la incompatibilidad, al entender que aquellos actos eran peajes políticos que no afectaban para nada el monoteísmo de Yahvé, porque no cuestionaban su fidelidad y su adoración.

Entre los recelosos a esta doble ciudadanía se encontraban especialmente los judíos de Judea y Galilea, que consideraban el judaísmo exclusivo, se negaban a dar culto a ninguna otra divinidad y no aceptaban prosélitos, porque pensaban que solo se podía ser judío si se nacía de padres judíos, como

herencia genealógica (el autor del libro de los *Jubileos* es un ejemplo). Tampoco esta circunstancia era bien vista por algunas autoridades y ciudadanos grecorromanos, que consideraban la ciudadanía romana como la mayor y más digna, mientras que las demás eran bárbaras –la judía entre ellas– y creían que no había que mezclarlas.

Lo cierto es que, para muchos gentiles, la circuncisión resultaba disuasoria en sí misma –era objeto de burlas en los gimnasios–, además de suponer públicamente una vinculación étnica, nacional y religiosa con otra nación y su Dios, con los que Roma estaba en tensión. Todo ello desaconsejaba a los temerosos adoptar esta doble ciudadanía, por mucho que les atrajeran otras características del judaísmo.

Pero llegaron los seguidores de Jesús y defendieron la posibilidad de una incorporación a Israel sin la circuncisión. La razón por la que lo hacían ya lo hemos dicho más arriba, así como el éxito que tuvo. Pero ¿qué es lo que convenció a los temerosos que «judaizaban» pero no se circuncidaban? Fundamentalmente el bajo coste social, aunque no solo. Poder formar parte de Israel y heredar la promesa de salvación sin que ello exigiera una renuncia a la vida social y las vinculaciones políticas resultaba ventajoso: se tenía lo mejor de ambas ciudadanía. Pero no debemos desdeñar la influencia que tuvo lo que estos seguidores llamaban «evangelio de Jesús», la buena noticia del rostro de Yahvé descubierto en su vida, muerte y resurrección. Ese rostro de Dios, compatible con la mejor tradición judía que conocían, resultó atractivo y apasionante. Además, es posible que, junto con el anuncio de esta buena noticia, se sucedieran algunas experiencias que llamaban espirituales o extáticas, atribuidas al Espí-

ritu de Dios, que reforzaran esa buena noticia y les impulsaran en la espera y avance del Reino de Dios. Por último, estos seguidores de Jesús, a diferencia del resto de judíos, vivían con una gran urgencia escatológica, con la convicción de que en breve volvería Jesús, investido con poder, para iniciar el juicio en el que se restauraría la justicia para todos.

#### 4. LA TENSIÓN ENTRE SANTIAGO Y PABLO EN LA PRIMERA GENERACIÓN

El éxito, como hemos dicho, resultó, a su vez, un problema. No todos los seguidores de Jesús estaban de acuerdo con lo que estaban llevando a cabo los que hemos llamado helenistas. En Jerusalén y Judea las cosas se veían de otro modo, y la fe en Jesús, muerto y resucitado, se comprendió como un refuerzo del valor de la Torá y de la necesidad de interpretarla y cumplirla como Jesús había dicho, con más radicalidad. De este modo, estos defendían que, así como muchos compatriotas entendían que con no matar ya se estaba cumpliendo el quinto de los mandamientos, aunque se odiara al próximo, Jesús había dicho que ese no era el modo correcto de cumplir la Ley, porque su objetivo no era no matar, sino amar. Esta interpretación la extendió Jesús a otras circunstancias de la vida en las que mostraba la radicalidad de su interpretación (cf. Mt 5,21-48). Así que el camino no era relativizar la Torá –poner a la persona por encima de la Torá–,

sino todo lo contrario, radicalizarla («no he venido a abolir la Ley, sino a plenificarla», Mt 5,19).

Cuando estos seguidores de Jesús se enteraron de lo que estaba ocurriendo en Antioquía, donde incorporaban a gentiles dentro del grupo de judíos creyentes en Jesús, se formó un gran revuelo. Tuvieron que convocar una asamblea para resolver el asunto. Las versiones que tenemos no son coincidentes, pero parece que, tras largas discusiones, hubo un acuerdo de mínimos: los de Jerusalén aceptaban la decisión de no circuncidar a los gentiles que habían creído en Yahvé mientras no se les obligara a los judíos que no estuvieran de acuerdo a transgredir sus propias costumbres. Dicho de otro modo, en la medida en que los circuncidados aceptaran convivir con incircuncisos y esa situación de impureza no les supusiera un problema, los de Jerusalén tampoco iban a poner obstáculos.

*No todos  
los seguidores de Jesús  
estaban de acuerdo  
con lo que estaban llevando  
a cabo los «helenistas».  
En Jerusalén y Judea las cosas  
se veían de otro modo*

Esta solución de compromiso solo era un parche para salir de un atasco. Quedó en evidencia que la fe en Jesús había encendido dentro del judaísmo un debate muy difícil de resolver que requeriría mucho tiempo y muchos conflictos. En la base de este debate estaba la imagen de Yahvé, la comprensión y experiencia que cada uno aportaba. Sin embargo, las discusiones transcurrieron más bien en el terreno de los asuntos prácticos: si había o no que circuncidar a los gentiles que aceptaban la fe en Jesús. En apariencia es un tema nimio y que puede parecer solo ritual, pero era la punta del iceberg de toda la cosmovisión.

Si los helenistas, y Pablo de Tarso en un segundo momento, aceptaban la circuncisión de gentiles para incorporarlos a Israel, nada habría cambiado con el acontecimiento de Cristo. Únicamente la inminencia del final y la intensificación que el acontecimiento había imprimido a sus vidas. Si los creyentes en Jesús judíos, y Santiago en un segundo momento, aceptaban la incorporación de gentiles sin circuncidar, la identidad de Israel se desvanecería, y con ella la validez de la Torá, de las promesas y de la salvación ofrecida por Yahvé a Israel.

Una generación más tarde llegaron otros seguidores de Jesús con una perspectiva más amplia y relevaron estos conflictos y problemas con otros ojos. El atasco todavía no se había superado, pero aportaron posiciones intermedias que fueron dando algunos frutos. Se fue generalizando la decisión de los de Antioquía –no pedir la circuncisión– al tiempo que la postura de los de Jerusalén se redujo drásticamente por las consecuencias de la guerra del año 66. Sin embargo, esto hizo que se abrieran cada vez más las grietas con el resto de judíos no creyentes en Jesús, que vieron en aquella decisión una agresión a la identidad e integridad de Israel. Así, el grupo de creyentes en Jesús, israelitas circuncidados y no circuncidados –eso defendían– fueron encontrando cada vez menos acomodo entre las sinagogas de la diáspora y, paulatinamente, con muchos años más, terminaron formando un grupo

definido frente al judaísmo hegemónico que sobrevivió a la guerra mencionada. Pero antes de ello tuvieron que cruzar el siglo II, tema que será tratado en los próximos dos artículos.

## 5. SÍNTESIS

El movimiento de Jesús nació como un fenómeno intrajudío que introdujo una innovación en su seno, consecuencia del acontecimiento teológico de la Pascua de Jesús. Yahvé se había revelado, en la vida y en la muerte de Jesús, de un modo totalmente nuevo, tal como lo confirmaban las experiencias de encuentro con el Resucitado. Esto obligó a repensar algunas de las características de su propia fe. Una de ellas, la que más consecuencias tuvo, fue la de introducir dentro de Israel a gentiles sin circuncidar, porque Dios no hacía distinciones ni ponía fronteras. Así mostraban que Israel tenía, desde su vocación inicial, un horizonte universal (que algunos no habían entendido). Esta decisión no fue aceptada ni siquiera por todos los seguidores de Jesús, que opusieron mucha resistencia, porque eran incapaces de ver que debían supeditar sus propias concepciones tradicionales al servicio de la experiencia del Espíritu, que se estaba abriendo camino a través de los de fuera. Esta mirada al pasado también puede ayudar a afrontar algunas estrategias de las Iglesias en la actualidad. ●